

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR (C)
Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat
20 de mayo de 2007
Hch 1, 1-11; Lc 24, 46-53

Queridos hermanos y hermanas: no sé si habéis captado el contraste. Por una parte, hemos escuchado que Jesús *se elevó delante* de los apóstoles, *y una nube se lo llevó, y lo perdieron de vista*. Y por la otra, la Iglesia nos hace pedir hoy "el don de una alegría santa". ¿Cómo es? ¿No os parece que si Jesús se ha ido, sería más conveniente pedir consuelo o coraje para afrontar su ausencia? ¿Quién se alegra de la ausencia de por vida de una persona profundamente amada? ¿Cómo podemos pedir alegrarse por la Ascensión de Jesús? Yo creo que la Iglesia, que es buena pedagoga, nos hace pedir "la alegría" precisamente hoy, porque a nosotros quizás no nos saldría muy espontáneamente esta petición. Y, además, para que reflexionemos sobre si realmente hay motivo o no para estar triste después de la Ascensión de Jesús. De entrada, no es una alegría cualquiera, la que nos hace pedir hoy la Iglesia. Pedimos "el don de una alegría santa". Pedimos "la alegría santa"; es decir, no pedimos sólo estar contentos, ni estar psicológicamente eufóricos. Pedimos "la alegría santa" que es la alegría según Dios, la alegría que brota de la Pascua, y que, por lo tanto, no está a nuestro alcance porque es un don gratuito de Dios; la pedimos para que arraigue bien intensamente en nuestro corazón, en nuestra inteligencia, en todo nuestro ser. Y esta alegría es bien compatible con la Ascensión de Jesús.

Fijaos, sino. Yo he hablado de la ausencia de Jesús, porque no le podemos captar con nuestros sentidos. Sin embargo, propiamente ninguno de los textos de la Sagrada Escritura que hemos proclamado hablaba de ausencia de Jesús. Nos decían que los apóstoles *lo perdieron de vista*; es decir, que dejaron de verlo, de captarlo con los sentidos. Con la Ascensión, pues, no se va. Y la descripción que hacía tanto la primera lectura como el evangelio era para hacernos descubrir otra forma de presencia. El hecho de elevarse y que *una nube se lo llevara*, nos dice que Jesús ha entrado en el ámbito de Dios, de las realidades eternas, aquéllas que están más allá de lo que nosotros captamos. Y por más que aparentemente Jesús se haya ausentado, que nuestros ojos no lo vean, nunca deja de estar presente en la vida de la Iglesia, hasta el punto de que su venida final no será tanto un retorno como la manifestación patente de esta presencia permanente invisible. Por eso los apóstoles, tal como nos decía el evangelio, *se volvieron a Jerusalén con gran alegría*, sabían que aquél que físicamente les había dejado, por su vida en Dios, continuaba presente en ellos y en su misión de anunciar la Buena Nueva. Precisamente porque lo habían reconocido como el Hijo de Dios glorificado por la pasión y la resurrección, se habían prosternado *adorándolo* y no paraban de dar gracias por todo aquello de que habían sido testigos y por la nueva realidad que se inauguraba en la Iglesia.

Una realidad que, bajo el impulso del *don que Padre había prometido* -es decir, el Espíritu Santo-, continúa en nuestros días y continuará hasta el final de los tiempos, a pesar de las tentaciones que podamos tener de desaliento a causa del fenómeno de la descristianización de la sociedad. Esta realidad nueva que se inaugura con la Ascensión se caracteriza por la acción del Espíritu y la presencia del Cristo resucitado en la Iglesia a favor de toda la humanidad. Y tiene un doble aspecto: el llamamiento universal a encontrar la felicidad y la plenitud de nuestra existencia viviendo de acuerdo con la Palabra de Dios -el evangelio de hoy hablaba de *conversión*- y la acogida del amor divino que nos libera del egoísmo, del mal comportamiento, de todo aquello que nos agobia y nos oprime interiormente -el evangelio se refería a ello cuando hablaba de *perdón de los pecados*. Eso supone un cambio de vida, una "elevación" (cf. oración colecta) con respecto a una vida según las miras egoístas que prescinden de Dios. Es nuestra prenda de que llegaremos, también nosotros, "a la gloria donde" ha "llegado" Jesucristo, nuestra Cabeza (cf. *ibidem*).

No es, por lo tanto, ninguna contradicción pedir en el día de hoy "el don de una alegría santa y el gozo de una ferviente acción de gracias" (*ibidem*). Es pedir precisamente vivir aquello que los apóstoles experimentaron después de la Ascensión del Señor, tal como nos decía el evangelio.

Pidamos "la alegría santa" para poder ser testigos. En nuestra sociedad, conviene que los

cristianos tengamos una actitud positiva, esperanzada; que dejemos resplandecer la paz y la alegría que hay en nuestro interior; conviene que sepamos presentar un rostro más alegre de la Iglesia. Sólo así podremos ser testigos creíbles y atrayentes de Jesucristo y de la belleza de ser y de vivir como cristiano. Vivimos en una sociedad que frecuentemente hace propuestas muy alejadas del Evangelio porque "Dios queda fuera de su horizonte de vida" (Juan Pablo II). Y las consecuencias de eso las vemos cada día. Prescindir de Dios a menudo se vuelve contra la persona humana, contra su dignidad y sus derechos, contra una convivencia armónica en el seno de la familia y en las relaciones sociales. Pedimos "la alegría santa" para no caer en el pesimismo, y, desde Jesucristo, poder llamar la atención de los hombres y mujeres de hoy, acogiendo su manera de ser, sus dificultades, sus sufrimientos. Así saldrá fácilmente de nuestros labios una visión de las cosas y de las personas desde el Evangelio y podremos estar "siempre a punto para dar una respuesta a todo el mundo que nos pida razón de nuestra esperanza" (Obispos de Cataluña, *Creer en el Evangelio y anunciarlo con nuevo ardor*). Para que eso sea posible, hace falta que dejemos entrar la Palabra de Dios hasta el fondo de nuestro corazón de manera que transforme nuestra existencia. Porque sólo podemos ser testigos, tal como nos encarga a Jesús, desde la experiencia vivida.

Pidamos, también, "el gozo de una ferviente acción de gracias" por los dones que, como fruto de la pascua de Jesucristo, recibimos cada día. Pidamos que nuestra "acción de gracias" eucarística sea bien "ferviente" y jubilosa; que la vivamos con intensidad para que pueda ser rica de frutos espirituales.